

DO NOT CROSS THE LINE

Carlos Andrade

DO NOT CROSS THE LINE



CASA DE CARTÓN



**ALDEAS
INFANTILES SOS**

Un hogar para cada niño

Parte de las ganancias obtenidas por la venta de este libro será destinada para apoyar la labor de Aldeas Infantiles SOS de España que se preocupa por garantizar un entorno familiar para que los niños puedan crecer rodeados de amor y de cariño.

© Carlos Andrade Caamaño, 2011

© Editorial Casa de Cartón S.L., 2011

Editorial Casa de Cartón

editorial@casadcarton.es

www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Junio 2011

ISBN: 978-84-938892-0-3

Printed in Spain

Imprenta Fareso

A Carla y Adrián Andrade, siempre juntos.
A mi perro Rimbaud, mi único amo.

Ya no soy aquel que fui
y jamás podré volver a serlo:
mi dulce primavera y mi verano
han saltado por la ventana.

J. J. Rousseau

Primera parte

1

—*Philanthropía* significa amor a la humanidad.

El jefe sacó el cheque del bolsillo interior del abrigo. Había esperado el momento de la reconciliación. El reverendo tomó el cheque con la mano izquierda. La derecha la tenía metida en el bolsillo del albornoz.

—*Philanthropía* significa amor a la humanidad, señor Frank —repitió mientras miraba despectivamente el talón del JP Morgan.

Después se llevó el cheque a la boca y apretó con dureza los dientes. Furioso, tiró del cheque y comenzó a escupir los trozos.

—Me quitan a un hijo y me traen dinero...

El jefe Frank insistió en que era para que hiciese una buena obra.

El reverendo tiró del *Colt* 45 que llevaba en el bolsillo derecho.

Los disparos sonaron en la atmósfera lechosa, fría.

El viento soplaba fuerte. Los trozos del cheque, aún suspendidos en el aire, dibujaron cabriolas antes caer como cometas vencidas sobre la nieve ensangrentada.

2

—¿Ya han montado el árbol?

—No, jefe Frank.

—Vaya —el jefe miró las zapatillas colgadas de los árboles.

Luego volvió a mirar las mantas de aluminio que cubrían los cadáveres. Por debajo de los cuerpos —que parecían aún calientes— salía un deshielo de agua rojiza que arrastraba basura menuda: papeles, hojas de robles muertas y algunas colillas en el invierno más duro que se recordaba en la ciudad de Nueva York. Aunque ello no era obstáculo para que los pandilleros brincaran con *La Raza* de Kid Frost:

*I'm with my homeboys, my camaradas
Kicking back millaje, y pa mi no vale nada
Yo soy chingon ese, like Al Capone es...*

...O bailar *hip hop* con el recopilatorio *Adventures on the Wheels of Steel* de DJ Grandmaster Flash. Parecía que no les importaban los muertos. La monotonía de los disparos sonaba a hit: *I can give you more, What's my name, Gin and juice.*

DO NOT CROSS THE LINE

El viento hacía temblar los precintos policiales.

—Llegamos tarde, jefe —Andy Frank seguía mirando las mantas de aluminio que cubrían los cuerpos: el céreo destello de las ambulancias, las luces azules de los coches patrulla. Era difícil juzgar si sufría con aquello o si estaba calculando las hectáreas de terreno que tendría el Marcus Garvey Park.

—Pues sí que se retrasan con el árbol —inalterable. Los ojos brillosos, la cicatriz contraída, el rostro circunspecto de Andy Frank.

El chófer estaba acostumbrado a las respuestas a des-tiempo del palurdo de Minnesota que aquella tarde acudía a encontrarse con el gordo Papada MacDowell para cerrar uno de sus tratos. Andy Frank encendió la luz y se desabrochó los botones. Después consultó el reloj con marcada indiferencia y dijo que ya tenía ganas de ver el árbol.

El rostro marmóreo.

La cicatriz del mentón, apenas perceptible, no delataba ningún gesto de contrariedad con el retraso. Los conductores no paraban de apretar frenéticamente el claxon, de protestar porque no saldrían de aquel atasco en toda la maldita tarde. Y todo por culpa de las maras de mierda, gritaba un conductor con medio cuerpo fuera de la ventanilla del taxi amarillo, cubierto de nieve. A ver quién puta le pagaba a él las horas.

—Cálmese, muchacho —le ordenó un agente rubio con bigote.

Una turba de gente rodeaba a la periodista de *Radio Latina*.

—¡El joven Wilson! Mire, jefe.

Andy Frank salió de su letargo.

—¿Dónde?

—Mírelo, allí, jefe.

El chico tomaba notas.

—No lo veo.

España señaló con el dedo a un muchacho negro.

—Allí, jefe Frank, junto a la periodista Serena Sánchez, ¿lo ve?

El jefe Frank se apuró a limpiar el vaho del cristal.

—Qué agudeza —dijo cuando divisó al hijo del reverendo.

—Por favor, avancen —ordenó el agente.

Circularon. A unos treinta metros volvieron a detenerse. España sacó las llaves del contacto: en aquella zona toda precaución era poca. Saltó del coche. Apartó a los mirones embobados con el levantamiento de los cadáveres. Después puso las manos a modo de altavoz y gritó:

—¡Wilson! ¡Wilson Wallace! ¡Aquí, muchacho!

España levantaba la mano para hacerse ver. El chico dejó de tomar notas. Desorientado intentaba localizar la voz.

—¡Wilson! ¡Wilson Wallace!

El chófer se encaminó hacia Wilson volviendo la cabeza de cuando en cuando hacia el agente Ray.

Andy Frank abrió la ventanilla. Sus ojos azules parecían brillar de impaciencia.

—¡Wilson Wallace! —el chico dejó de anotar. Miró al chófer. Volvió a tomar apuntes. Vestía un tres cuartos militar y se tocaba con una boina que tenía una estrella roja de cinco puntas. Calzaba zapatillas blancas, empapadas: los cordones desatados, rotos, deshilachados.

—Wilson, qué alegría. Andy está ahí, en el *Chevrolet*.

El muchacho levantó la vista, fijó la mirada en el bloc y siguió con las anotaciones.

—¿Qué pretende de mí?

El chófer se giró.

—Nada. ¿Qué te ocurre, chico? ¡Es Andy!

—Los tipos como Andy siempre quieren algo. Además, ya no es mi amigo —al muchacho le temblaba la voz, el pulso—. No me gusta cómo resuelve determinados asuntos...

—No hagas caso a los chismes. Anda, acércate, querrá saber cómo estás tú, tu familia y todas esas cosas...

España volvió la cabeza. El agente Ray ya había sacado su libreta.

—Está bien, Wilson. No olvides el aprecio que te tiene.

El chófer torció el gesto, le palmeó el hombro y regresó.

—No se puede abandonar el auto.

—Disculpe, agente.

—Está bien, prosiga y salude al señor Frank.

España puso el *Chevrolet* en marcha. El jefe Frank volvió a limpiar los cristales con su mano suave, pelirroja. Sus ojos brillaban. El muchacho, ajeno a todo —al jefe Frank, al *Chevrolet*, al chófer—, observaba cada detalle como un estudiante de arquitectura, mientras atendía las instrucciones que daba Serena Sánchez.

El grosor de la nieve tapaba la maleza del parque. Los tejados de pizarra rota. Los ladrillos renegridos, agrietados, llenos de grafitis. Solo los árboles secos recobraban algo de vida con la gran nevada.

Volvió a mirar a Wilson. Se acarició la imperceptible cicatriz que le cruzaba el mentón.

—No se ha muerto de felicidad —musitó.

—Algo le ocurre. Estaba raro, jefe.

El jefe observó cómo Wilson escuchaba a Serena Sánchez mientras asentía con la cabeza. Andy Frank no era una persona de desatados afectos; pero le tenía mucho cariño al hijo del reverendo, desde que Wilson era pequeño. En aquella época Andy Frank visitaba más el North River en Harlem Oeste y llevaba al muchacho a los billares Dakota. Eran otros tiempos. Los billares aún no habían sido precintados por orden judicial y las maras no se habían hecho con el control del Distrito 1303. Era muy despierto, decía el jefe. No era conflictivo. Un poco agitador, quizás, sonreía Andy.

A Frank no le extrañó nada que Wilson Wallace militase en el WHE ACT* y que acudiese a mítines para manifestarse contra la planta de tratamientos de residuos, ubicada debajo del Riverbank Park. Le gustaba el *jazz*, hablar del racismo ecológico contra los negros. Tenía facilidad para la oratoria y colaboraba con la Universidad de Columbia como redactor de la revista *Vive en Verde*. Parecía un chico adelantado a su época.

—Alguien le habrá llenado la cabeza de pájaros. No se ponga triste.

—No lo estoy.

Cruzaron Martin Luther King.

A España no se le iba de la cabeza el joven; el tres cuartos militar, la boina con la estrella roja, las zapatillas blancas, húmedas. Había ido a recoger en algunas ocasiones a Wilson a la salida del instituto para llevarlo a los billares donde le esperaba el jefe Frank. «¿Qué, Wilson, estás preparado para pegarle al taco?».

—Los muchachos pasan etapas raras, jefe —habló al retrovisor.

—Ya.

* Movimiento ecologista fundado en 1988 para luchar contra la degradación ambiental que la Planta de tratamiento de aguas residuales del North River estaba causando en Harlem Oeste.

El hombre del asiento de atrás consultó el reloj. Luego miró las zapatillas colgadas de los cables y los postes del alumbrado.

—Lo sé —concedió.

Nada parecía perturbar a Andy Frank. No estaba alegre. Tampoco se le veía intranquilo. Todo lo contrario. Estaba absorto, como casi siempre. Era de esos tipos que vivía el silencio dentro del silencio. «Cuando las zapatillas se cuelgan algo se muere adentro», le advirtió un día Wilson, acostumbrado a los sermones de su padre.

Frank se tocó con la yema de los dedos la imperceptible cicatriz del mentón. La niebla sobre el río Hudson parecía una plancha de acero. Unos críos jugaban en el River Bank State Park, situado encima de la Planta de Tratamiento de Residuos, y una bandada de grajos se refugiaban de la nieve bajo el enramado de los sauces.

—Parece que MacDowell aún no ha llegado, jefe Frank.

El guardia de seguridad levantó la valla.

—Tengo tres hijos, señor Frank. Corren rumores de que vamos a perder el empleo y... —el guardia seguía con la barrera levantada.

—Hace frío. Tápese los oídos.

—Sí, señor —bajó la barrera.

Entraron al *parking*. Andy Frank se apeó del *Chevrolet*.

El jefe sacó las manos de los bolsillos. Su melena pelirroja se levantaba con el viento y le llevaba los pelos a la cara. Pocas cosas contrariaban a Andy Frank. Pero aquel muchacho... vestido de aquella manera... La sirena del último turno quebró el ensimismamiento. Los trabajadores de Biotech con la cabeza gacha, las solapas subidas, las manos en los bolsillos y los cigarros colgando de los labios.

—¿Pasamos, jefe Frank?

Andy Frank consultó su reloj. El gordo MacDowell se retrasaba. Lo normal es que el jefe Frank esperase al gordo Mac en su despacho. Pero Andy Frank de Minnesota decidió esperar bajo la nieve. Con la melena suelta parecía un fantasma. Miraba a los trabajadores y al edificio como si sospechase que alguien pudiese mover aquella mole de sitio. No bien había cesado de sonar la irritante sirena, cuando el sonido de un motor le obligó a darse la vuelta. Un *Ford* azul

circulaba con prudencia. Con la nieve era difícil ver los límites de entrada al parque de Biotech. El jefe volvió a mirar los laboratorios como sopesando las bondades del acuerdo con el gordo MacDowell. Enfundó las manos en los bolsillos del abrigo y siguió observando los laboratorios. Era un edificio de ladrillo visto con ocho largas naves que, ensambladas entre sí, y, visto desde el aire, parecía un gran asterisco. Estaba pegado al río Hudson y rodeado por más de mil hectáreas de terreno.

MacDowell bajó la ventanilla.

—Lo siento, Frank. Esos jodidos pandilleros se estaban fregando a tiros en la calle 118. Aún no sé cómo pudimos salir indemnes de aquella ratonera. Ojalá se maten entre todos de una jodida vez.

El jefe ni se volvió.

—Me cago en la leche, Frank, ¿por qué no me miras cuando te hablo? —protestó el gordo MacDowell, mientras se peleaba con la puerta para sacar su voluminoso cuerpo fuera del auto—. ¿A qué juegas, Frank?

Andy seguía de espaldas con la mirada en la cornisa de los laboratorios, donde había una gárgola: algo parecido a la boca de un dragón.

—Primero me citas en Wall Street. Luego vuelves a telefonarme para que cambie la maldita cláusula, después vuelves a llamarme y me citas en tu despacho y, al final, otra vez, para que quedemos en esteapestoso lugar.

El jefe seguía de espaldas:

—Llegas tarde.

MacDowell sudaba a pesar de los menos de trece grados que marcaba el termómetro de los laboratorios.

—Entremos, Frank, o se me pondrán las amígdalas como las almorranas. Pasemos y terminemos esto cuanto antes.

Andy, con la mirada transversal, observaba cómo el humo que salía de las torres de decantación luchaba por mantenerse en posición vertical como un boxeador grogui.

—Éramos amigos, Frank.

—¿Sabes si han montado el árbol en el Rockefeller Center?

—No. Y me importa una mierda.

—¿Sabrás, al menos, si has modificado la cláusula, Mac?

MacDowell no quería tirar por tierra la operación, pero no estaba dispuesto a tragar lombrices.

—¿De verdad no vamos a entrar al despacho?

—Sería un derroche de luz innecesario.

—¿Bromeas? —MacDowell tenía la cara desencajada—. ¿Vamos a tratar el asunto aquí, como dos jodidos mafiosos?

El jefe no bromeaba.

—Adiós, Frank.

MacDowell se encaminó hacia el auto. Luego se detuvo y reflexionó. Conocía al palurdo de Minnesota y sabía que era terco como una mula.

—Está bien, se hará a tu jodido estilo —MacDowell fue al coche y sacó un maletín. «Maldito palurdo de mierda».

Cogió los documentos y encaminó sus deformados zapatos hasta donde se encontraba el jefe.

—¿Ya está firmado por el doctor Sandoz? —Frank seguía de espaldas.

—Sé cómo hacer las cosas, Frank.

El jefe Frank se dio la vuelta, recogió los contratos y se acercó al *Chevrolet*. Entró y se sentó.

MacDowell aún no daba crédito a que Andy Frank no tuviese la cortesía de hacerle entrar a la sede de Biotech y, furioso, pateaba la nieve.

—Encienda la luz de lectura, señor España.

—Jefe Frank, ¿va todo bien? —preguntó el chófer.

—No va mal.

—Así no se hacen las cosas, Frank de Minnesota —gritó Mac.

El jefe miró a Mac Papada Roja. Indiferente, se puso a releer el preacuerdo —muy especialmente, la cláusula diecisiete, párrafo tres—. Reflexionó unos instantes. Entretanto, MacDowell pateaba unas bolas de nieve o lanzaba patadas al aire. Luego Andy Frank colocó uno de los archivadores que llevaba en el auto, sobre las rodillas, sacó una vieja estilográfica del bolsillo de la americana y firmó: «Andy Frank de Minnesota». Tenía una bonita letra. Como recortada de un libro de caligrafía.

—Ya está.

MacDowell se acercó a Andy Frank. Después de comprobar las firmas y los vises del contrato, refunfuñó:

—Puedes estar satisfecho, Frank, has vendido óxido a precio de oro —dicho esto, Mac Papada Roja abrió el maletín y entregó un sobre al jefe Frank.

El jefe esbozó algo que podría considerarse una sonrisa.

—¿No vas a abrir el sobre, Frank?

—Me fío.

—Tu cliente, el doctor Sandoz, es todo un caballero, según tengo entendido.

—No es como tú ni como yo, Frank.

—Ya.

—Solo una persona con los principios de Sidney Sandoz puede cometer la locura de pagar una millonada por esta fábrica de óxido para salvar los puestos de trabajo —Mac miraba la Planta de Tratamiento de Residuos—. Desde luego no es como tú ni como yo.

—Tiene suerte. Despedir a gente es la parte más engorrosa —el jefe sonrió.

—Abre el sobre, Frank. Terminemos con esto. Ya no te soporto.

—Me fío... —guardó el sobre en el bolsillo interior del abrigo.

MacDowell miró la negrura del humo sobre el paisaje nevado. El olor que provenía de la Planta de Tratamiento de Residuos se hacía masticable.

«Había que ser muy buena persona para invertir dinero en el fétido Distrito 1303 de Harlem Oeste», pensaba el bróker.

—¿Sabes cuántas hectáreas de terreno hay aquí, Mac?

—No entiendo la pregunta, Frank —Mac escupió asqueado—. A no ser que ahora te dediques a vender mierda al peso.

—En los noventa, todo el mundo querrá un apartamento en esta zona.

MacDowell, caricaturizado por la prensa como el Hitchcock de Wall Street, solo que con tres pelos largos en la coronilla, puso labios de puchero.

—De momento, lo que hay son maras, drogas, putas y una jodida Planta de Tratamiento de Residuos, que me revuelve las tripas —miró a los ojos a Andy Frank—. Yo no pagaría un centavo por esta fábrica de problemas.

—No pases pena, Mac. Si estás sufriendo por la inversión de tu cliente, no demos el asunto por zanjado.

MacDowell sacó sus manos del loden verde y con sus dedos rollizos apuntó al entrecejo del jefe Frank.

—Si estás pensando en no cumplir el preacuerdo, Frank, te advierto que no habrá lugar en Nueva York en el que no te señalen con el dedo. Sidney Sandoz es un buen hombre, pero tiene padrinos...

—Yo no estoy sin bautizar, Mac.

—No te salvará el dinero, Frank.

—Vaya.

—Guarda el sobre, Frank. No lo pierdas.

Mac consiguió meter su cuerpo en la berlina azul y al cerrar se dejó uno de los faldones del loden cogido con la puerta.

—¡Mac!

El gordo abrió la ventanilla.

—He cesado al doctor Sandoz del cargo de presidente de honor en el Consejo y a su equipo de colaboradores. Era un gasto innecesario.

La cortina de nieve dividía a los dos hombres.

—Obras mal, Frank. El doctor es un buen consejero.

—Puedo equivocarme solo...

—Adiós, Frank.

El chófer aplastó la colilla del *Lucky Strike* con la puntera del zapato. Le abrió la puerta al jefe y esperó a que se acomodase.

—¿Todo bien, jefe Frank? —preguntó antes de cerrar la puerta con un golpe limpio, delicado.

—No tengo queja.

El chófer puso en marcha el *Chevrolet*.

El vehículo enfiló la salida del estacionamiento. Ya en la Avenida Haven un bache que estaba tapado por la nieve obligó a que España tuviese que dar un volantazo para que no se reventaran las ruedas. El *Chevrolet* culebreó y los archivadores de anillas se cayeron del asiento. Andy Frank pensó que habían tenido un reventón.

—Calma, señor España. Los neumáticos no los regalan.

—Son disparos, jefe Frank.

El hombre de Minnesota dejó de preocuparse por los neumáticos. Según avanzaban los pitidos de los automovilistas le acribillaban los oídos y un ejército de gente corría descon-

trolada cerca del lugar de los hechos. Sonaron varios disparos más y la agitada muchedumbre se apelotonaba para refugiarse en los bares, tiendas y portales. Los raperos acostumbrados a la cotidianidad del ruido de las balas bailaban con los *Pioneer* de cuatro pistas, subidos al hombro, al ritmo de Kid Frost en el Morningside Park:

*I'm with my homeboys, my camaradas
Kicking back millaje, y pa mi no vale nada
Yo soy chingon ese, like Al Capone es...*

El jefe miraba los cadáveres tapados con aquellas mantas de aluminio que le recordaban al papel Albal mientras hojeaba un informe. Andy Frank se palpó el bolsillo para asegurarse de que el sobre estaba bien guardado y se preguntó si el joven Wilson estaría ya en casa.

DO NOT CROSS THE LINE.

—Vaya carnicería, jefe.

El hombre de Minnesota se limitó a observar las luces amarillas de las ambulancias y las sirenas azules de la policía como a una pintura abstracta: los grumos de sangre se mezclaban con el agua del deshielo que arrastraba a su paso colillas, hojas de robles, papeles. También había alguna jeringuilla: en el centro del parque un muñeco de nieve con la nariz de palo y una bufanda vieja. En el Upper West Side las limusinas de regreso a los garajes en las lujosas mansiones del norte esperaban, con sus cristales negros, la orden de continuar. Al fondo, como colmenas siderales, las luces atragantadas de los rascacielos de Manhattan. «Tanta pobreza y tanta riqueza —pensó el señor España—, ya va siendo hora de regresar».

Miró atrás. El hombre de Minnesota se tocó la cicatriz del mentón —habitualmente circunspecto—. De piel clara y algo pelirrojo, tenía unos ojos azules como la profundidad del océano y, por sus gestos marmóreos resultaba difícil determinar si aún le quedaba capacidad de sufrir o por el contrario ya miraba a la vida como quien se entretiene observando las olas que rompen contra un malecón.

—¿Ya han montado el árbol del Rockefeller Center?

Al jefe Frank pareció disgustarle que le respondiese, «aún no, señor Frank».

—Vaya manera de fastidiar a la gente —las cuadrillas de la limpieza se empleaban a fondo con la manguera para retirar la sangre de la acera.

—¿Cree que me dará tiempo a estirar las piernas? —preguntó mientras sacaba el sobre del bolsillo.

España apagó el contacto.

—Claro, señor Frank, pero tenga cuidado.

El jefe se apeó. De pie, con las manos entrelazadas a la espalda, jugaba con el sobre pinzado entre los dedos mientras calculaba cuál sería el precio que un hombre debería pagar para satisfacer sus delirios de grandeza.

El chófer bajó para fumar un cigarrillo.

—Jefe, ¿ha oído nuevos disparos?

El chófer siguió apoyado sobre el coche. Las manos en los bolsillos de la gabardina. Las solapas subidas. Un *Lucky Strike* colgado de los labios.

El jefe ladeó la cabeza.

—No, señor España, miraba cómo la nieve cae sobre los cadáveres.

El viento empujaba los olores y las partículas nocivas de la Planta de Tratamiento de Residuos y de los Laboratorios Biotech hasta el lugar del conflicto. Devolvió el sobre al bolsillo interior del abrigo. La claridad de la luna hacía meses que no asomaba por la ciudad y Manhattan parecía una ciudad de fantasmas gigantes.

El chófer tiró la colilla al aire. Abrió la puerta trasera y colocó unos archivadores para que el jefe estuviese más cómodo. Un golpe suave, la puerta hizo clic.

—¿Todo bien, señor Frank?

—Continuemos.

España puso en marcha el *Chevrolet* y condujo con precaución. Suavemente, como el jefe quería.

—Vamos amigo, que el semáforo ya no tiene más colores —le apremiaba enfurecido el conductor calvo y mal encarado de una ambulancia en la calle 118 con Jefferson Park.

3

—Más luz —la ambulancia no había terminado de enfriarse.

El bisturí se deslizó con certera suavidad sobre el abdomen del chico negro. Fue un corte limpio, sagaz, apenas imperceptible. El chico no tendría más de diecisiete años. Era fuerte como el ébano, fibroso y no superaría las cien libras de peso.

Brouard cambió el peso de la pierna zopa. Tomó una gasa y dio unos toquecitos en la frente de García. El anestésista le empujó con el hombro para que dejase de molestarle. No se podía perder ni un segundo más. Extrajeron en tiempo récord los órganos importantes: los riñones y el corazón. Pero aún le quedaban los tejidos, venas, arterias, huesos, tendones y ligamentos para que más tarde sus ayudantes terminasen de recomponer el cadáver en las partes menos expuestas a la mirada de los familiares. Le quedaba una hora antes de que los familiares abriesen la sala 727 para velar a su ser querido. El cojo pidió tranquilidad.

García protestó. De no haber sido por el maldito atasco, no se hubiese demorado tanto. Ya no se respetaba ni a las ambulancias.

Con el rotulador trazó sobre el cadáver del muchacho varias líneas curvas. La parte del hígado era delicada. No era fácil. Debía poner mucho cuidado en cómo y dónde utilizaba el bisturí. Las órdenes del doctor Grant eran claras respecto a la deontología y la mala praxis. La habilidad de García no concordaba para nada con su aspecto rudo. Era de modales toscos y carácter agrio. Su lenguaje era soez. Insoportable para los educados oídos del doctor Grant. Pero con un bisturí en la

mano era inigualable. De dos tirones, alineó las piernas del fallecido. Luego volvería a la zona abdominal, refunfunó. No le gustaba cómo estaba quedando.

Suspiró. Nunca se sabe cómo una persona a la que le gustaba perfeccionar las técnicas quirúrgicas, puede llegar a la deriva. Tiempo atrás tenía un gran prestigio. Luego comenzó con las mujeres de amor remunerado y tuvo problemas económicos por su adicción a las drogas. No era fácil desengancharse. Lo intentó en prestigiosas clínicas. Pero el vicio acabó venciendo al talento.

Consultó el reloj de doble esfera con las manecillas del cronógrafo de los minutos y los segundos pulsadas. El tiempo se agotaba. La luz opaca dificultaba la visión de las marcas rotuladas. En el improvisado quirófono, la luz azulada, casi mortecina, no era la ideal para una disección detallada. El anestesista con mascarilla y bata verde dibujó una incisión perfecta mientras divagaba a velocidad psicodélica sobre otros mundos.

Con un movimiento de cabeza le indicó a Brouard que llenase los arcones de hielo. Miró los azulejos húmedos, desconchados. Mi vida por un cigarro. El cojo con su zapato-sidecar se movía contoneándose. La cabeza calva y con pecas contrastaba con el brillo de la piel del joven negro en la escasa fosforescencia. La sangre producía un efecto brillante como la madera barnizada.

Anthony García miró los arcones blancos. Necesitaba terminar para ponerse. Comenzaba a sentir los efectos de la bajada. Algo de novocaína o lo que fuese. Pronto sentiría como un sudor frío en las manos y estas comenzarían a temblar. Su cuerpo sufriría pequeñas convulsiones. Él, que era tan fuerte. Me cago en la puta. Tragó saliva. Necesitaba un cigarro. Un cigarro extra largo serviría de placebo para calmar aquella intransigente abstinencia.

El cojo corría a limpiarle el sudor insecable. Aquel ser zoomorfo se movía con asombrosa rapidez y él, que era tan fuerte... Brouard le cambió el gorro. La cabeza pecosa amenazaba con llenar de goterones el cadáver del jodido negro.

—No te descuides. Ese riñón totalmente sellado y bien cubierto de hielo.

—Por orden —dijo Brouard. García le despreció con una mirada.

La mascarilla verde se inflaba y desinflaba frenéticamente. Estaba a punto de ahogarse. Señaló una pequeña nevera portátil de acero con el viscoso órgano, al tiempo que movía la cabeza en señal de desaprobación. «Maldito cojo.»

Volvió a mirar el reloj. Los ladridos de una perra que estaba en algún lugar del edificio le ponían enfermo.

—Pinzas, tijeras, sutura —ordenaba.

El ayudante cojo de pie, rápido de manos, le entregaba el instrumental con decisión. El gorro verde se iba volviendo oscuro con el sudor.

—Separadores.

El ayudante le acercó la bandeja de acero con los separadores, trocares y agujas para punción. El anestesista se llevó las manos a los riñones. Le dolía todo.

El viejo *Chevrolet* estaba detenido en la 120 Oeste.

El jefe se llevó la mano al bolsillo del abrigo, sacó el sobre y se golpeó repetidamente la sien mientras parecía ensimismado con lo que ocurría afuera: las zapatillas colgadas de los árboles. Las mantas de aluminio se levantaban con las rachas de viento: los cadáveres se descubrían, la nieve estaba enrojecida.

DO NOT CROSS THE LINE

Abrió el sobre y extrajo un cheque del JP Morgan por valor de un millón de dólares. «Nuestros vicios...»

—¿Cómo es esa frase que decía el reverendo de su ciudad, señor España?

—¿La del cura de mi aldea?

—Sí, llámelo como quiera...

«Nuestros vicios, si los pisoteamos, nos sirven para hacernos una escala con que remontarnos a las alturas». Andy Frank estaba como ausente. Por un momento el recuerdo de una dama con collar de diamantes a la salida del Cotton Club, pareció humedecer sus ojos.

Volvió a mirar el cheque.

«No está nada mal para un palurdo», se dijo, y puso interés en los montones de documentos apilados junto al asiento del conductor. En el asiento de atrás, cerca de él, había archivadores y en el maletero: fichas, curvas isométricas, análisis de viabilidad. Documentos que Andy Frank consideraba intere-

sante tener bajo custodia antes de dar el sí definitivo a la operación de venta de los laboratorios al doctor Sidney Sandoz.

Miró las casas quemadas. «¿Por qué pagar tanto dinero por un montón de óxido?», se preguntaba mientras golpeaba con las uñas de la mano izquierda el borde del cheque. «Los hubiese vendido por mucho menos, pero MacDowell tenía demasiada prisa por cerrar la operación. ¿Por qué?». Volvió a mirar por la ventanilla. Ya estaba a punto de pasar el epicentro de la refriega y pronto dejarían atrás el monumental atasco, comentó el conductor, y el hombre de los cuarenta y siete convulsos años se limitó a responder que no le abrumase con tanta perspicacia, señor España. El chófer dio las luces largas para saludar al policía de tráfico.

—Vaya, agente La Motta Ray —Andy había abierto la ventanilla como una cuarta para saludar al policía alto y rubio y con el bigote espeso de nieve—. Ganará un dineral en horas extras.

El agente se llevó la mano a la visera reglamentariamente y mirando al indefinido horizonte respondió:

—Uno procura ganarse la vida de la manera más venerable posible, ¿no le parece, señor Frank? —saludó al jefe—. Que tengan buenas noches.

Andy guardó el cheque. Palpó varias veces el bolsillo. «Este MacDowell es una rata de las finanzas, ¿qué esconderá esta vez?». De pronto, el destello de las ambulancias y de los coches patrulla le pusieron en alerta: se cercioró de que el botón del abrigo estaba abrochado, consultó el reloj. No hacía ni cuarenta cinco horas desde que el viejo Mac Papada y él firmaron el protocolo de la venta de Biotech.

DO NOT CROSS THE LINE

El chófer puso primera, avanzó como unos cincuenta metros y se miró en el espejo retrovisor y se tocó las canas, luego se detuvo en su rostro ya avejentado. Después miró al jefe Frank, sentado junto al montón de dossiers, que volvía a tocarse el bolsillo y pensó que no estaba nada mal la operación financiera para un hombre que no hacía mucho se quitaba las pelotillas de la camisa de franela. Movió la cabeza. Ya habían pasado un buen puñado años desde que recorrió de norte a

sur todos los Estados de la Unión acompañando al jefe para comprar acciones de los Laboratorios Biotech.

Miró las zapatillas colgadas de las ramas de los árboles, puso el intermitente para cambiar de carril y siguió recordando los viajes junto al jefe. Los hostales de carretera y las gasolineras con tipos desastrados, sin ninguna esperanza. De pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad esperaba al taciturno Andy, delante de las puertas de las casas, mientras fumaba un *Lucky Strike*. Por lo general, siempre eran ancianas, herederos y viudas que se alegraban de recibir unos cuantos pavos por aquellos títulos amarillentos y en algunos casos mohosos, que si ya no los habían roto era por respeto a la memoria del difunto o porque no tenían ni pajolera idea de que esas acciones de Biotech pudiesen servir para algo más que colgar del clavo de la letrina.

No era el jefe Frank un tiradólare. «Bien lo sabe Dios», al pensar en ello el chófer gallego se santiguó. Tampoco le gustaba desperdiciar palabras. Pero todos los días uno de cada mes, se encontraba en el asiento un sobre escrito a mano con muy buena letra en el que ponía: «El sueldo del señor España». Nunca había conseguido que le llamase Aurelio Andrade, pero bien lo sabe Dios, que aunque el jefe no tuviese para comer, a él nunca le faltó el sobre, ni el perrito caliente del almuerzo.

—Ya estoy viejo, jefe Frank.

—Pensaba que usted ya había nacido viejo, señor España.

—Un día mientras me enjabonaba la cara, cuando tiré de cuchilla, me encontré afeitando a un anciano.

Andy Frank enmudeció.

Así era Frank, un hombre parco en palabras, austero, taciturno. Un misántropo incorregible, sobre todo, desde que la Dama de Negro metió sus sentimientos en una batidora y apretó el botón. «Ojalá se enamorase de la hija de Siboney —pensó—, ella es muy jovencita pero seguro que le hace olvidar a Angelina Klein». Un claxonazo casi revienta sus buenos deseos.

—Dónde tiene el cerebro, señor España.

El chófer había adelantado por la Avenida Ámsterdam. Aprovechando que el semáforo estaba en ámbar había acelerado a fondo y cuando rebasó la calle 115 una impresionante limusina blanca, de gran cilindrada, se cruzó en su camino.

«Vaya coche». Tenía los cristales negros, las rejillas de acero pulido, los espejos cromados y las ruedas, nuevísimas, tenían un círculo blanco. En los tapacubos dorados lucían una heráldica formada por una doble ese y dos serpientes, muy parecida a la insignia del colegio de médicos.

Ambos chóferes bajaron las ventanillas y se retaron con la mirada. Al resto de los ocupantes de la limusina no se les podía ver a través de los cristales negros.

—Verde pasar, rojo detenerse, colega —dijo el de la limusina.

El jefe Frank recolocó las cajas de documentos. Y luego salmodió al señor España con que si se había propuesto dejarle sin crisma y sin neumáticos.

—Lo siento, jefe Frank, lo siento de veras —el chófer cerró la ventanilla después de colocar varias carpetas con documentos que habían caído al suelo—. Era la nueva limusina del doctor Sidney Sandoz.

—¿Cómo lo sabe usted, señor España?

—Por la heráldica de los tapacubos, señor. Además, conozco a su chófer de vista, es de Brookling.

—¿Así que detrás de esos cristales negros viaja un alma blanca y pura?

El jefe Frank no añadió nada más. Bien mirado, casi era un discurso.

La limusina blanca avanzaba por la avenida a más velocidad de lo acostumbrada.

El hombre del cabello plateado miraba a través de los cristales ahumados de la limusina a la gente que rodeaba a un reverendo, subido en un bidón de la compañía TEXACO. Se acomodó en los asientos de piel blanca y prestó atención a lo que acontecía en la calle. Usaba gafas parecidas a las de Ray Charles, y su cabello abundante y plateado estaba perfectamente peinado y brillaba tanto como el de una estrella de cine. Su sonrisa era diamantina, sus dedos largos y delicados. Las manos blanquísimas, aunque con algunas manchas solares y venillas azules, jugaban con una estilográfica.

—Doctor Grant. Me ronda la idea de subastar un Degas en una feria al aire libre.

—No puedo decirle nada, doctor Sandoz, sabiendo que le guían las mejores intenciones.

El doctor Sandoz modulaba bien su voz suave y le gustaba elegir el adjetivo adecuado. Su colega, el doctor Grant, era un melómano incurable.

—Pero ya lo hablamos si le parece, doctor Sandoz —añadió mientras miraba al reverendo Wallace subido sobre un bidón.

DO NOT CROSS THE LINE.

La policía había retirado las cintas que acotaban el lugar de los crímenes. El inspector Cosh, que tenía su ganchuda nariz pelada de frío, daba las órdenes de retirar las cintas. Entre tanto, desde la improvisada tribuna, el reverendo seguía con su sermón: «...José manejaba un flamante deportivo, vestía ropa de las marcas más prestigiosas, viajaba frecuentemente a París, Milán y a países exóticos —hizo una pausa y observó a sus oyentes—. Pero el dinero no puede comprarlo todo y un día José tuvo un accidente y falleció». El reverendo Wallace, observó la impresionante limusina blanca y prosiguió: «No, el dinero no puede comprarlo todo. Y José no había hecho las paces con Dios. Ese fue su gran error, queridos hermanos. Ahora todos sus sueños y esperanzas están enterrados en una tumba. Todavía hay algunas cosas en la vida que no se pueden comprar con dinero. Un millonario no puede escribir un cheque y comprar la felicidad, ni pagar con la tarjeta de crédito la paz interior, porque son regalos de Dios. La única manera de obtener esas virtudes es confesándole a Dios: Señor, estoy en bancarrota espiritual...».

—¿Quién es?

—Es el reverendo Wallace, doctor Sandoz. Varios muchachos de su comunidad han muerto en enfrentamientos con la policía y pandillas rivales, y su mujer le ha abandonado. No pasa por sus mejores días. Ahora está volcado en la iglesia y en su hijo Wilson. Está tan desesperado que hasta ha puesto carteles por toda la ciudad para encontrar a una perrita fox terrier que pertenecía a uno de los chicos asesinados. El reverendo no deja de repetir que el animal tiene una mancha negra y marrón en las patas delanteras. Es un buen hombre, pero lamentablemente tiene brotes de esquizofrenia.

MacDowell Papada Roja se limpió de la frente los goterones de sudor. El doctor Sandoz miraba la calle: las zapatillas

colgaban de los árboles, de los cables del tendido eléctrico y de los semáforos. Los últimos copos de nieve terminaban de caer. La limusina avanzaba sobre la avenida, y ya recuperado del susto MacDowell murmuró:

—Era el viejo *Chevrolet* de Andy Frank.

El hombre de las gafas oscuras, el hombre de edad indefinida, miró a MacDowell y con su voz asedada aseveró:

—Si Dios ha permitido este incidente, seguro que algo bueno espera de Andy Frank y de mí.

El chófer tomó por Madison Avenue.

MacDowell observó al filántropo doctor Sandoz que desde los años setenta había destinado algunos cientos de miles de dólares a apoyar centros cívicos culturales en los barrios neoyorquinos como el Harlem y el Bronx, incluso a músicos de *hip hop* —música que era la antítesis de la clásica que el educado oído del doctor Sandoz estaba acostumbrado a escuchar—, *block parties* y otras iniciativas musicales de chicos que vestían ropas holgadas, zapatillas sin cordones y camisetas por las rodillas.

—Por fin... Ya hemos llegado —comentó Mac.

La limusina blanca entró lentamente en el garaje. El chófer abrió la puerta y se apresuró a apretar el botón del ascensor que subía directamente a la planta noble donde el doctor Sandoz tenía su despacho.

—¿Se ha fijado en los ojos de esos muchachos, señor MacDowell? Estaban vacíos de esperanza.

Mac Papada paseó su paquidérmico trasero por la dirección de la clínica.

—Tenga la amabilidad de sentarse.

Papada Roja encajó su culo gordo en el butacón tapizado en piel verde clara.

—He recibido una notificación de ese hombre en la que se me comunica que he sido cesado como presidente de honor y algunos de mis más directos colaboradores fueron indemnizados y despedidos sin ninguna explicación.

MacDowell escuchó las palabras sosegadas de Sidney. Le gustaba hablar con el médico porque era como un sanador de almas de una paciencia infinita. Cualquiera otro hombre hubiese gritado, pateado sillas, amenazado. Sin embargo, el doctor añadió que ese señor Frank podía hacer lo que quisiera porque estaba en su derecho. Aunque desde luego no había escogido

la manera más elegante de ejercerlo, terminó por zanjar la cuestión.

—Ahora bien, usted sabe que si no recuperamos el control de Biotech, muchas personas humildes perderán su empleo. Hemos trabajado mucho en ese proyecto social. Con toda la sangre que está corriendo por el distrito solo nos faltaba que los chicos reinsertados socialmente vuelvan a tomar las calles.

—No hay razón para no pensar que todo está bien atado. Tiene un cheque de JP Morgan por un millón de dólares y nada indica que pueda plantear problemas.

El hombre de edad indefinida jugó con un abrecartas. Seguro que si una casa de apuestas ponía en marcha una quiniela para acertar su edad, la casilla ganadora quedaría en blanco.

—¿Un millón de dólares? —la voz cardenalicia del doctor Sandoz apenas fue audible. Se dio unas frieguecillas en las manos—. Me parece una cantidad escasa, para el volumen total.

—Se trata de la prima inicial. El montante total de la operación se ha cifrado en quince millones de dólares por el cien por cien de las acciones de Biotech.

El doctor Sandoz carraspeó, pidió disculpas y preguntó si figuraba alguna cláusula de rescisión en el contrato. Necesitaban esos laboratorios para continuar la obra social. Además, Biotech era la piedra angular de un proyecto filantrópico de gran calado.

Papada Mac respiró aliviado. Por un momento pensó que el cirujano estaba dispuesto a rescindir el contrato que le iba a reportar unas buenas comisiones.

—Hoy la mayor parte de las donaciones van a grandes museos. Grandes monstruos que nunca sabemos muy bien qué hacen con tantos recursos. Necesitamos que el dinero llegue directamente a los necesitados.

Se limpió las gafas.

—No creo necesario advertirle que muchas almas vencidas dependen de nosotros, señor MacDowell —la luz iluminaba las sienas plateadas del doctor, que con gesto preocupado se preguntó—: ¿Cómo ha podido ese ciudadano hacerse con la mayoría de las acciones, sin que nadie se diese cuenta?

Con el rostro del color de una sandía y la frente llena de goterones de sudor MacDowell le hizo recordar al doctor Sandoz que a las cinco tenía baño turco y después masaje.

—Ya solo cabe esperar el tiempo que figura en el contrato, doctor, los pasos ya están dados.

Sidney Sandoz se ajustó los puños de la camisa.

—Lo que no alcanzo a comprender, doctor Sandoz, es cómo en el Consejo de Administración podían estar tan tranquilos si sabían que entre todos los pequeños accionistas se podían reunir suficientes acciones para alcanzar la mayoría.

El doctor apoyó los codos en la mesa. Los gemelos, en un discreto oro blanco, encerraban una doble ese dentro de un ínfimo círculo azul zafiro. MacDowell pensó que aquellos gemelos alababan la discreción de quien los llevaba.

—Somos hombres de medicina y filántropos —el doctor se besaba los nudillos de las manos entrelazadas mientras meditaba—: Hemos estado más ocupados en mantener los puestos de trabajo y en la investigación de la nueva línea de productos cosméticos y prótesis que en hacernos con la mayoría de las acciones.

Sidney Sandoz carraspeó levemente, pidió perdón y cogió un lápiz.

—Puede creerme, señor MacDowell. Nunca nos ha guiado el egoísmo. Además, siempre hemos contado con la mayoría suficiente en el Consejo. Los pequeños accionistas estaban convencidos de que nuestras inversiones en I + D acabarían por devolver a la Compañía a los números positivos.

—Pues le ha jodido bien ese gusano.

—No me gusta desacreditar a ninguna persona. Un hombre es su credibilidad, señor MacDowell —el doctor Sandoz hacía girar el lápiz entre los dedos como las aspas de un molino—. No está bien hablar mal de nadie, pero es que ese chico...

—Andy Frank, doctor, se llama Andy Frank —Papada Mac se pasó el pañuelo por la frente—. Aunque en los círculos financieros se le conoce por el paleta de Minnesota.

—¿Es humilde?

—¿Si es humilde? —MacDowell se llevó las manos a la cabeza—. Es más humilde que el tipo que deja las botellas de leche fresca a la puerta de mi casa.

MacDowell bajó los brazos, se pasó la lengua de un lado a otro de la boca con la rapidez de una serpiente, luego levantó su voluminoso trasero de elefante y volvió a tirar del pañuelo que llevaba sometido en el bolsillo del pantalón.

—Conozco bien al jodido Andy Frank. Está criado a mis pechos en cuanto a productos financieros —Papada se aflojó ligeramente el nudo de la corbata—. Nadie sabe lo que tiene ahorrado, pero le puedo asegurar que es capaz de ir de un sitio a otro colgado del tendido eléctrico con tal de no gastar las suelas de los zapatos.

—La austeridad es una de las mayores virtudes del ser humano.

MacDowell chasqueó la lengua. Había desajustado el tiro. Se revolvió en el sillón de ruedas. Afuera nevaba. Miró al doctor. La luz anaranjada que resbalaba por las paredes de color pastel invitaba a la reflexión:

—No pretendía ser desconsiderado. Es mi lenguaje coloquial, maldita sea, son demasiados años troceando y juntando empresas para cambiar. Pero créame —Papada afianzó sus rollizas manos sobre el reposabrazos—, Andy Frank no renunciará a una oferta como esa. Puede hacerlo, pero no lo hará.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo. Con ese dinero Andy Frank puede comprar un buen pellizco de los Laboratorios Biomedical Tissues. Y entre usted y yo, doctor, financieramente Biomedical es más interesante que ese montón de hierros llamados Biotech.

—De ese montón de hierros viven familias humildes que no tendrían a dónde ir. No lo olvide, señor MacDowell. Ya es tarde y mañana seguimos. Tengo masaje. Necesito estar descansado. Debo realizar una operación a primera hora de la mañana. Una última observación, señor MacDowell: no es usted una persona a la que admire, sé que es un depredador y lo compadezco por ello, pero tiene fama de ser el mejor y nuestra fundación necesita mantener el control de Biotech. No me decepcione.

4

El jefe Frank no había dormido gran cosa. A primeras horas de la mañana le había llamado MacDowell Papada Roja. Maldita sea, Frank. Qué mierda tenía que pensar. El precio pactado casi podría considerarse una estafa, Frank. El jefe respondió que necesitaba analizar los documentos y que para ello precisaba más tiempo.

En la ciudad Serena Sánchez ya denunciaba que Andy Frank había comprado Biotech para especular con los terrenos en el conflictivo Harlem Oeste:

«La ola de violencia pasará. El River Bank State Park y Biotech están a la altura de la calle 139, pegados a la Avenida Broadway, muy cerca de la Avenida Ámsterdam con San Nicolás y la Avenida Manhattan. Andy Frank quiere hacer su negocio, pero no se lo vamos a permitir. *Radio Latina* estará incondicionalmente junto a cada hispano y afroamericano afectado por este conflicto. Y mi columna en el *Daily News*, “Serena Responde”, no dejará ni un solo día sin denunciar este asunto».

Andy pidió por favor que apagara la radio, señor España, necesitaba revisar unos documentos. El chófer lo hizo y se dedicó a recordar los viajes con el jefe para comprar los títulos a pequeños accionistas que le pusieron en disposición de gobernar los laboratorios en disputa. España esbozó una sonrisa. Luego se mordió el labio inferior mientras recordaba cierta ocasión en que llegaron a una granja del estado de Ohio y el jefe sacó una fotocopia de las acciones del bolsillo de la camisa de franela —siempre que visitaba granjeros usaba la camisa de las pelotillas.

—Que me trague la maldita tierra si no me he estado limpiando el culo con esos malditos papeles —el granjero que llevaba una gorra de *John Deere* en la cabeza, la tiró al suelo y se fue detrás de un alcornocal donde estaba la letrina—. Por mi santa esposa que aún llevo las letras pegadas a las nalgas.

Aquella tarde, algunos años después, el jefe se había vuelto a poner la camisa de pelotillas y el pantalón de peto para cargar varios archivadores. No se fiaba de la vieja guardia. Por eso le tocaba a él ayudar a Andy a subir todos aquellos documentos al *Chevrolet*. No quería que nadie tocara ningún documento. Tampoco quería que los transportara ninguna persona que no fuese de su entera confianza. Seguramente si no le hubiesen ofrecido una cantidad de dinero tan desorbitada Andy hubiese recogido el dinero y se hubiese ido a dormir su larvada melancolía y a pensar en el próximo negocio. Era muy propio del jefe Frank hacer cosas así. Muchas veces cuando recorría esas carreteras de Dios, Andy decía: Pare, señor España. Entonces se bajaba y, en el maldito arcén sin preocuparse de los coches ni de los camiones, durante un par de horas practicaba taichi, flexiones, o algunos golpes de kárate con el traje puesto y todo.

España miró por el retrovisor. El jefe Frank llevaba el mismo abrigo azul marino de la noche anterior encima de la camisa de leñador. Se palpó el bolsillo, sacó el sobre y se golpeó maniáticamente la sien, repetidas veces.

Sonaron varios disparos.

El jefe limpió la humedad de los cristales del *Chevrolet*. La nieve se pegaba a los parabrisas como trocitos de esparadrapo.

—Espero que no tengamos una refriega como la de anoche.

—¿Y cuándo no es fiesta, señor España?

Aunque parecía tranquilo, se le veía que le daba vueltas a algo.

—¿Ya han comenzado a montar el árbol?

—No lo sé, jefe Frank, esta mañana no he tenido tiempo de pasar por el Rockefeller Center.

Un par de disparos, varios policías de paisano con la placa colgada del cuello por un cordón cruzaron como gacelas el Marcus Garvey Park.

Miró el talón. «Lo mejor sería olvidarme de esta locura de una vez —pensó—. Si al menos supiera por qué están dispuestos a pagar tanto dinero por un montón de humo. Quizás no lo comprendo porque desconozco los orígenes de la virtud».

—Señor Frank. Ya sé que mi consejo no vale nada, pero ¿por qué no vende? ¿Qué más da el motivo?

—Valoro su opinión.

El jefe no era de los que aceptaban consejos. Aun así, le recomendó que se vistiese la camisa de franela y el pantalón de peto y se fuera a pintar un aguamarina frente a la Isla de Ellis.

«¿Y si no le habían pagado suficiente? —golpeó el sobre con el dedo anular como si quisiese lanzar una canica—. Y si habían encontrado la fórmula contra la calvicie —se abanicó con el talón—. ¿Y si los científicos habían dado con el medicamento para prevenir el parkinson y se lo habían estado ocultando?». Devolvió el talón al sobre.

Sonaron varios disparos.

El jefe Frank miró los archivos y llegó a la conclusión de que no seguiría adelante con el acuerdo hasta que hubiese examinado exhaustivamente todos y cada uno de los documentos que había confiscado.

—Esto se pone feo, jefe.

La gente corría de un lado a otro. La avenida estaba atascada con vehículos, coches patrullas y ambulancias.

—Por lo que veo, está dispuesto a mirarle hasta los pelos del culo a esa gente del doctor Sandoz —el chófer señaló con el mentón los archivos, y Andy Frank le insinuó que no era imprescindible ser desagradable.

Aparecieron los primeros cadáveres.

—Por el amor de Dios.

El chófer puso una mano a modo de orejera de burro para no ver —las mantas le daban dentera, le recordaban al papel de aluminio con el que envolvía el bocadillo cuando trabajaba de peón en las torres gemelas—. Luego miró por el espejo lateral y vio a un sanitario con una bata verde que estaba poniendo piedras en las esquinas para que el viento no levantase el dichoso papel que dejaba los pies de los cadáveres a impiedad del temporal.

El jefe Frank se acarició la perilla rubia. No, no podía fiarse de la vieja guardia leal al doctor Sandoz. Los archivos temblaban en los asientos como cachorros asustados. Tenía tiempo para meditar. El millón de dólares era la prima inicial de un total de quince en que se habían tasado sus acciones en Biotech. No estaba mal para un palurdo, pensaba una y otra vez. Era para estar orgulloso. Acababa de sentarse en el sillón de presidente y ya había multiplicado por doscientos el precio de compra.

El jefe Frank se mordió el labio inferior y la cicatriz que tenía en el mentón se expandió ampliamente mientras observaba, distraídamente, cómo un furgón policial marchaba lentamente sobre la avenida con las puertas traseras abiertas, seguido por unos policías que iban colocando conos reflectantes, limitando así la ancha vía a un carril de subida y otro de bajada.

Andy Frank buscó entre los papeles unos documentos sobre la ley Uniform Gift de 1968. Estaban en una carpeta vieja. Tiró de ella. Un montón de recuerdos se esparcieron sobre el regazo. Eran fotos de Angelina Klein a la salida de la ópera en el Metropolitan: espléndida con vestido largo de color negro, chal rojo, escote palabra de honor, collar de oro blanco y diamantes, un pequeño Cartier ovalado a juego con el colgante. La primera foto había sido tomada en abril de 1975, el día que debutaba Beverly Sills, «la reina». Entonces La Dama era una mujer sofisticada que ocupaba un buen palco en el Met y la sociedad neoyorquina. Las demás fotos fueron sacadas en Saint Tropez, en un restaurante frente al puerto. Angelina vestía unos vaqueros azules y blusa de color rosa. Andy un jersey marinero y un pantalón de lino blanco.

El jefe rompió lentamente las fotos mientras su mirada languidecía sobre las ramas escarchadas.

Sus ojos azules y la pequeña cicatriz del mentón parecían despreciar a la humanidad completa; se apartó la melena recogida en una coleta. Abrió la ventanilla y dejó que los pedazos de papel con su collar de diamantes se desperdigasen por aquel distrito fratricida: nieve, ambulancias, aluminio. Árboles adornados con carámbanos como puñales.

DO NOT CROSS THE LINE.

Miró las zapatillas colgadas.

—Me fastidia lo del árbol —dijo como si mascase tabaco.

Estiró sus piernas largas. Cuando se soltaba el pelo, parecía Buffalo Bill, vestido con traje y corbata y perdido por Manhattan. Sin embargo, su rostro aún conservaba ciertos rasgos de ingenuidad. El chófer Aurelio Andrade recordó que la primera vez que se le vio con botas camperas y aquella camisa de leñador llena de pelotillas, muchos pensaban que iba a hacer una demostración de motosierra.

El atasco era total.

El chófer apagó el *Chevrolet*. Quitó la llave de contacto. Con aquel embotellamiento nadie le iba a robar el auto, pero era una sana costumbre. Tiró del freno de mano y se giró hacia Andy Frank.

—No se preocupe, señor. Cuando se hayan llevado a estos chicos ya estará montado el árbol.

España observó las zapatillas cubiertas por la nieve. Se necesitarían varios días para calcular cuánto sumarían todas las que colgaban de los árboles, farolas y semáforos. En el tendido eléctrico, sin ir más lejos, había varias decenas. Los más atrevidos engalanaban los balcones de sus casas sin miedo a la policía para glorificar la victoria sobre sus enemigos, limitando bien a las claras el control del territorio. Era la frontera, la marca donde nacía el bautizado por las maras Distrito 1303.

La mirada indiferente del jefe Frank se colgó de los árboles y tendidos. Efectivamente se podían contar a cientos: *Adidas*, *Nike*, *New Balance*, blancas en su mayoría. A veces después de despuntar el sol se tenía la sensación de que las zapatillas aún llevaban dentro los pies de los pandilleros y que el goteo del deshielo eran las lágrimas de las madres. Madres jóvenes, explotadas por tipos a los que desde niños les olían los dedos a pólvora: esquinas controladas para hacer la carrera, menudeo de droga, venta de armas y artículos robados. Aquello era el Harlem hispano. No todo el mundo se dedicaba a lo mismo. De hecho, los harlemitas eran, o entonces lo eran, gente humilde, comprometida con el arte, la música y la cultura; con la justicia social y el medio ambiente. Gente como el músico Siboney Simón, que en aquel momento reclamaba al inspector narizotas Cosh más acción y menos mirar para

otro lado. El reverendo Wallace, que subido desde lo alto de un balcón predicaba contra la orgía de sangre execrable ante los ojos de Dios, o la misma periodista Serena Sánchez, decía en riguroso directo que lucharía porque no cerrasen Biotech, el único medio de trabajo digno en Harlem Oeste. Mela, la hija de Siboney Simón, exigía justicia junto al raperero Kid Frost y otros raperos del 1303.

El chófer metió la llave a toda prisa. Una ambulancia necesitaba pasar por su carril y el agente La Motta Ray ordenó a los atascados que se subiesen en las aceras.

La ambulancia a punto estuvo de rozarles. Los pedacitos de Angelina se iban deshaciendo con la nieve, aplastados por las ruedas de la ambulancia o pisoteados por los raperos que gritaban: maderos asesinos. Todos estaban muy alterados. Todos menos el hombre del corazón dañado, que estaba inmerso en sus íntimas amarguras y no prestaba atención a la ambulancia ni a nada que no fuese los Laboratorios Biotech.

La ambulancia zigzagueó entre los coches amontonados. Los conductores hacían sonar el claxon. La histérica situación iba a volver loco a todo el mundo. «Joder», protestaba Anthony García, el chófer de la ambulancia, cuando tuvo que agacharse porque los muchachos le habían lanzado una lata. Anthony cogió el bote que entró por la ventanilla abierta y lo tiró a la calzada. «Ojalá se los follen a todos y fin del negocio» murmuró con los maxilares chirriando de odio.

Brouard, indiferente, observaba cómo los jefes de las maras más importantes del barrio se congregaron en torno al fiscal del distrito, al jefe de homicidios Cachiporra Cosh y a La Motta Ray. Uno de los forenses que llevaba puesta un montón de ropa bajo una bata blanca tomaba medidas con una cinta métrica y Serena Sánchez intentaba meterle la alcachofa del micro en la boca al jefe de la oficina del alcalde.

Rebasado el punto más conflictivo, unos críos, que pasaban de todo, bailaban *hip hop* con África Bambaataa y Grandmaster Flash en el Marcus Garvey Park, ajenos a la policía, los fiscales y aquella panda de mamones de mierda, tío.

—¡Que os follen! —levantaron los anulares al paso de la ambulancia.

Una vez superado el atasco y bajado la Segunda Avenida en dirección al Upper East Side cerca de los billares Dakota aumentaron la velocidad sin respetar ningún semáforo ni aminorar la marcha en ninguno de los cruces. La ambulancia dejó atrás Murray Hill. El cojo puso la pierna buena cruzada sobre el zapatón sidecar y se repantigó en el asiento. Anthony García ironizó con que se pusiese cómodo, si le apetecía, y Brouard le respondió:

—Parece que todo te molesta, chico.

—Pues sí, me molesta todo, ¿qué te pasa tullido de mierda?

—Bonitas palabras para el doctor Grant —ironizó Brouard.

Anthony García dejó una mano en el volante, y con la otra sacó una papelina del bolsillo de la bata, la desenvolvió con la habilidad de un prestidigitador y apoyándose sobre el salpicadero sacó con la uña del dedo meñique —larga y bien cuidada— un par de tiros de coca. Una vez que terminó de esnifar, se chupó el dedo, aspiró de manera vigorosa y pareció henchido de vitalidad.

Miró a Brouard. Este le observaba como quien mira los patos de South Park, pero Anthony García llevaba prisa. Tenía guardia en el hospital y aún le quedaban varios cadáveres en la morgue y recoger los que ya habían sido examinados por la medicina legal. Luego necesitaba los papeles con los consentimientos familiares. «Los malditos papeles acabarán por comernos a todos», pensó y miró a Brouard.

—A ver si de mirarme así se te van a quedar los ojos como el pie.

—Nunca arriesgues sin saber qué tipo de persona tienes enfrente, aunque sea cojo.

—Cállate y atiende. Y cuando te ordene que ese hígado quede bien recubierto de hielo, ya estás volando.

—Tú sí que acabarás volando. Pero de momento te dejaré que ganes.

—Cojo estúpido. Date prisa.

La luz natural penetraba en la biblioteca a través de los patios interiores. Las voces como la seda cuchicheaban educadamente. Solo les faltaba ponerse la mano delante de la boca de manera discreta y todos darían la sensación de que se esta-

ban confesando algo imperdonable. Los zapatos brillantes o acharolados y los tacones de aguja de las damas no podían evitar que repicasen como en el suelo de un convento.

MacDowell se pasó la lengua de un lado a otro de la boca, levantó ligeramente su voluminoso trasero de elefante y tiró del pañuelo que llevaba en el bolsillo del pantalón. Luego volvió a ocupar su asiento:

—No parece casualidad que el doctor Sandoz haya elegido la biblioteca pública para anunciar lo que sea que quiera anunciar —observó al doctor Grant que hablaba muy animado con el doctor Sandoz. «No me gusta ese marica».

Los invitados que se sentaban en su fila, le saludaban «Hola, señor MacDowell, ¿cómo? ¿Usted por aquí?», y enseñada apartaban la vista del gordo con un gesto que parecía decir: «Tienes dinero pero no eres de los nuestros». Mac giraba la cabeza —ya que su cuerpo no podía—. Entonces tuvo una aparición: estaba vestida de rojo con una greca a modo de brazalete, seguramente adquirido en alguna subasta de Sotheby's. La dama de labios voluptuosos y senos turgentes, seguro que retocados por las prodigiosas manos del doctor Grant, observaba las bóvedas esculpidas en mármol blanco sobre las escaleras del Astor Hall.

Mac volvió la vista hacia el doctor Sandoz y el doctor Grant que charlaban con otros filántropos bajo las lámparas de bronce de la sala de lectura. Cuando volvió a mirar, la dama había desaparecido. Entonces Mac charló brevemente con el periodista del *New York Times*, Grez Carsson, quien vestía un traje poco adecuado para la ceremonia. Grez manifestó su admiración por el doctor Sandoz y MacDowell se despidió de Carsson deseándole una pronta recuperación para su pequeña hija.

Cuando todos los invitados tomaron asiento, Alexander Grant les anunció que el doctor Sidney Sandoz les quería pedir un pequeño favor que solo les causaría una ligera incomodidad, pero seguro que cuando lo escuchen, comprenderán. El pelo engominado del doctor se llenaba de luminiscencias con la luz exterior, a pesar de que fuera estaba nublado.

—No, no piensen que les va a pedir que pujen por la obra mecanografiada *The Waste Land* de T. S. Eliot. Es algo más sencillo —el doctor Grant esbozó una bondadosa sonrisa—,

pero será mejor que Sidney se lo explique. Tengan compasión, ya saben que es muy tímido.

El doctor Sandoz vestía un traje negro con una pajarita estrecha con lunares negros y rojos. Llevaba las gafas oscuras y el sombrero cogido con ambas manos.

Esperó a que se apaciguasen los aplausos.

—No estoy aquí para hablarles del centenario de la puesta en marcha del proyecto que daría como resultado una de las mejores bibliotecas del mundo, a pesar de que ello sería motivo más que suficiente —el doctor hizo rodar su sombrero entre las manos inquietas—. Sé que hay personas que se alegran del fracaso ajeno. Me gustaría decirle a esa gente que los filántropos no fracasan nunca, porque aún cuando tropiecen en el camino, su equívoco sirve para que otros filántropos que vienen detrás, llenos de ilusión y jugándose su dinero, no repitan los mismos errores.

La gente aplaudió de manera elegante, salvo MacDowell, que lo hizo como si el equipo de los Yankees acabase de saltar al terreno de juego.

—Solo les quiero pedir un pequeño favor. Salgamos a la calle como nuestros vigilantes leones Paciencia y Fortaleza*. Observen todo lo grande y miserable que se mueve en nuestra Gran Manzana. Sé que nieva y que hace viento. Pero sería tan importante que diésemos una humilde lección de filantropía.

Salieron en corrillos conduciéndose de manera ejemplar. Solo la incertidumbre de sus rostros era lo más próximo al desconcierto que había causado la propuesta a aquellos magnates dispuestos a soltar algo de calderilla para la Fundación Sidney Sandoz. Donald Trump y el alcalde Ed Koch, que estaba al final de la legislatura, fueron los primeros en levantarse de la mesa presidida por Sandoz. Allí quedaron los letreros con el nombre de cada uno, incluido el doctor Alexander Grant y Andy Frank, a quien el doctor Sandoz había tenido la elegancia de invitar.

El último en levantarse por razones de peso fue el bróker Papada Roja. Un tiburón bursátil a la vieja usanza que había

* Nombre de los leones que están a la entrada de la Biblioteca Pública de Nueva York, bautizados así por el alcalde Fiorello LaGuardia.

empezado de botones en el Banco JP Morgan, había ido haciéndose con un nicho importante en el mercado, hasta llegar a tener su propia gestora de fondos, que le reportaba buenos dividendos a sus clientes. Tenía olfato a la hora de invertir y para rodearse de gente eficaz. No solía equivocarse, salvo con Andy Frank al que había instruido; y cuando pensaba que lo tenía controlado, aquel gusano de camisa de franela se independiza y se dedica a comprar cascos de empresas por las que nadie daría un centavo. «Darle un plante así al doctor. Tendré que recordarle que gracias a mí pudo deshacerse de aquel trajecillo lleno de brillos».

Cuando MacDowell desenchajó las caderas de la butaca el doctor ya estaba sitiado entre Paciencia y Fortaleza, los leones de la biblioteca. Mac Papada Roja husmeó entre las treinta y tantas personas, pero no volvió a ver a la dama solitaria quien desapareció entre los columnarios de la biblioteca.

—Hemos salido aquí —las rachas de viento levantaban la onda del pelo canoso del doctor Sandoz. El doctor observó a un indigente con un carrito de un supermercado lleno de alambres, cartones y mantas viejas—. No podemos llamarnos la capital financiera del mundo mientras tengamos nuestras aceras llenas de desahuciados, de ex combatientes, de personas desnortadas que no saben a dónde ir porque en todas partes resultan incómodas. Reconozcámoslo: no son agradables a nuestra vista. A nadie le gusta ir de *picnic* y que los niños jueguen cerca de tipos así. Por eso tenemos que facilitarles las cosas. Es un deber moral.

El doctor Sandoz observó las narices rojas, los cuerpos temblorosos de frío y a las damas dándose friegas en los brazos. Continuó:

—Sé que tienen frío, enseguida termino. Pero ellos, además de frío, tienen hambre y no tienen casa, ni nadie que les espere. Esta gente está sola como las grandes cumbres heladas. Si ahora tomásemos la Avenida Broadway en dirección norte, a solo unas cuadras de aquí, al final de Central Park, entre las calles 118 y 145 en el River Bank State Park, las luchas son a muerte por el control de lo que los maras llaman el Distrito 1303... Gracias por su sentido de Nación. Salgan más a la calle. Observen las diferencias sociales que existen entre la parte sur del Central Park y la parte norte —la gente asentía—. Estos

días se ha hablado mucho de Biotech. La gente me pregunta por Andy Frank, a quien no conozco personalmente... —el doctor se puso el sombrero y se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Yo solo puedo decir que Andy Frank es un empresario que cumple la ley y paga sus impuestos. Eso es mucho más de lo que hacen algunos financieros sin escrúpulos... Ahora, lo que tendríamos que plantearnos sería: ¿Es suficiente con cumplir la ley y pagar los impuestos? —esperé prudentemente unos segundos—. A tenor de lo que vemos en nuestras calles, parece que no.

En la biblioteca los aplausos resonaron dentro de la amplia sala de lectura, revestida de madera. Angelina se secó de manera delicada una lágrima. Luego entornó los ojos a la luz que entraba por los patios. La nieve se tornó lluvia. Del rebrillo de las lámparas de bronce nacía un color como el de las estatuas terracota.

Los invitados entraron a tomarse algo caliente. En la calle, frente a los leones Paciencia y Fortaleza, un grupo reducido de personas protestaban a voces: «¡Que salgan de una vez!». Llevaban pancartas clavadas en estacas de palo y pintadas con rotulador: «Exigimos una investigación de Biotech y de la planta depuradora, ya».

—Vamos a perdernos un poco, chicos. Están entorpeciendo el tráfico. Ni el señor Trump, ni el señor alcalde van a salir.

Un chico con una boina negra y una estrella de cinco puntas gritaba junto a un grupo reducido de la Universidad de Columbia: «Vive en verde».

La Motta se puso las *Ray-Ban*.

—Largaros, muchachos. Esa gente solo sale en las fotos.

5

La Motta Ray miraba el horizonte. Poco importaba que se llamase Jack. Su nombre era legendario. Desde niño había soñado con tener unas gafas *Ray-Ban*. Era un blanco hijo de negra. Cosas de la vida. O de la genética. El hombre de las gafas se llamaba Jack. Pero todo el mundo le llamaba Ray dada su devoción por esas gafas.

La Motta Ray tenía la mirada erguida. Los copos de nieve se posaban suavemente sobre su bigote. A pesar de todo, Ray mantenía las manos atrás, las piernas arqueadas y miraba imperturbable cómo el ocaso cerraba la tarde sobre Harlem Oeste.

DO NOT CROSS THE LINE

Leyó Ray, sesgadamente, sin bajar la mirada del horizonte. Había leído tantas veces la premonitoria advertencia: eran tantos los años que ya no patrullaba las carreteras con el bloc de multas en el bolsillo. Cómo decirlo... a Ray, el hijo blanco de la negra, le salieron los dientes en los precintos policiales. Hacía ya algunos años que había dejado la moto y patrullaba las calles. Aunque pronto dejaría de hacer eso también para vestir de traje y corbata.

La Motta Ray se encontraba en el lugar de los hechos. Estaba allí para echar una mano. A él le tocaba entrar en el turno de las doce de la noche, pero le gustaba arrimar el hombro cuando las cosas se complicaban y sus compañeros parecían desbordados. La patrulla era como su amor con Liliana. Una monotonía de momentos agotados. Es cierto que le gustaba ir por el Bronx, darse una vuelta por el Harlem 1303, mediar en algún conflicto, charlar con el músico Siboney Simón y mosquear un poquito a Mela, la hija de Simón.

Pero con quien le gustaba meterse era con la periodista Serena Sánchez, que siempre tenía a la policía en el ojo del huracán. La había visto crecer y desde entonces andaban como el perro y el gato.

DO NOT CROSS THE LINE.

Ray meditaba. La nieve se posaba en su bigote, en sus cejas. Entre la opacidad divisaba a lo lejos las luces rojas de los Laboratorios Biotech. Había oído que Andy Frank se agenció los laboratorios como quien compra un viejo *Lincoln* para vender las piezas. Era un rumor. Pero del rumor nace la sospecha. No podía ser que Andy Frank hiciera nada que pudiese perjudicar al Distrito 1303. Aunque el dinero podía torcer voluntades.

DO NOT CROSS THE LINE.

La cinta plástica que acordonaba el lugar de los hechos daba unos gualdrapazos como la vela de un barco que ha roto una driza.

Ray levantó la mano izquierda y extendió el brazo derecho. Los vehículos se detuvieron. No tenía que estar en el lugar de los hechos, pero era un gesto de buen compañero. Ya había perdido la cuenta de los chavales muertos en los últimos meses. Todo el mundo hablaba de los chicos de las maras como apestados. Nadie quería bajar al fondo del problema, salvo el doctor Sandoz.

Aquella noche habían caído abatidos dos chavales del Distrito 1303. Nada que ver con la tarde en que Andy Frank le largó un discurso. «Vaya, señor Ray, se llevará usted un dineral en horas extras». Ray apremió a los mirones que ralentizaban la marcha para curiosar. La noche se había cerrado y la niebla en el río Hudson parecía que se había tragado las luces rojas de los Laboratorios Biotech. «Vamos señores, les espera la cena».

—Gracias, Ray. Tómate un café bien caliente. Eres un buen compañero —le mostró su agradecimiento el poli a Ray por ocuparse del tráfico mientras se iba a tomar algo caliente.

Ray dejó de mirar al horizonte y se limitó a decir: somos compañeros, ¿no?

La Motta Ray se quitó los guantes empapados.

—Pobres chicos —Ray se quedó junto al compañero, que ya se había hecho cargo del tráfico.

—Han liquidado a más de ochenta compañeros, Ray...

—Es normal. Ven estos rascacielos, las enormes limusinas que cruzan todos los días Manhattan en dirección a las lujosas mansiones al norte y sueñan con poseerlo.

Ray había sido un chico afortunado porque solo soñó con tener unas *Ray-Ban*. Cualquier chaval soñaría con otras cosas. No aprobaba que aquellos chicos matasen, pero...

—¿Estás de acuerdo en que esos cabrones se busquen la vida a tiro limpio?

—¡Cómo iba a estarlo! —Ray se incomodó—. Solo digo que en el 1303 se da el caldo de cultivo para que pueda suceder, ¿vale?

Ray le dio la espalda a su compañero y miró la turba de gente que rodeaba a una joven periodista.

«La ola de muertes en el llamado Mil Trescientos Tres parece no inmutar a los señores de cuellos almidonados como políticos y jueces, quienes, desde la discreción de los cristales negros y la seguridad de los coches blindados, miran a nuestra gente como una especie a la que parece no les importa que se pueda extinguir. En lo que va del mes llevamos más de once chicos muertos, en una escalada de violencia que parece no tener fin y en la cual la eficacia de la policía deja mucho que desear. Desde aquí, desde Harlem Oeste, para *Radio Latina*, Serena Sánchez».

La chica morena, rubia de peluquería, ordenó:

—Vale, chicos, cortar ya —levantó la cabeza—. Ya vale, chicos. Nada de cigarrillos. Nada de nada. Ya está bien, chicos. Vamos a recoger.

Los chavales se soplaban las manos. No era de extrañar. Llevaban los pantalones colgados del culo enseñando los calzoncillos, los bajos de los vaqueros hechos jirones, las zapatillas empapadas y los cordones desatados. Eran buenos jóvenes a los que la periodista sacaba de las tentaciones de la calle. Aquella era una de las muchas voluntades que Serena sumaba para salvar a esos muchachos del peligro de la droga y las maras.

Los chicos acataron la orden. Serena enrolló el cable de la alcachofa y se quedó con el micrófono en la mano. Uno de los

muchachos se diferenciaba de los demás porque vestía un abrigo negro y se tocaba con una boina que tenía una estrella roja de cinco puntas. La Motta Ray miraba al horizonte. También observaba con curiosidad al chico que vestía anormalmente normal, salvo por la gorra de la estrella. Era negro, de ojos relampagueantes y de buena estatura. «Parece inquieto».

Ray cruzó la calle. De un árbol arrancó una pequeña ramita, le cortó el tallo y se lo llevó a la boca.

Ella terminó de recoger.

—Venga, chicos. Dejémonos de cháchara. Vamos a darnos un poco de brillo —apremiaba Serena.

—Vaya, señora Sánchez. Hoy tiene uno de esos días soñados en el que puede despotricar a placer contra la policía.

La Motta Ray, con la cabeza alta, se llevaba de una a otra comisura el palito de madera mientras analizaba a Serena. Desde niña le había llamado señora Sánchez. Le hacía gracia aquella cerebritito que ahora llevaba lentillas, pero aún conservaba el aspecto rebelde, aunque ya no era el de la niña con gafas culobotella y cara de empollona. Desde chica siempre a la vanguardia, siempre combativa.

Serena se colocó el cabello.

Ray pensaba en cómo buscarle cosquillas a la periodista. Ray, el tipo rubio y alto que hacía que las chicas del Instituto se llevaran la mano a la entrepierna en la oscuridad de la alcoba, sonrió y sus dientes blancos se confundían con la nieve.

—Hola, señora Sánchez, no está muy conversadora, veo...

—Serena miraba de hito en hito a La Motta Ray sin caer en su juego. Este escudriñaba algún lado oscuro del río Hudson, mientras seguía jugando con la ramita de un lado a otro de la boca.

—¿En la facultad de periodismo no le enseñan las más elementales normas de urbanidad como buenas noches, agente Ray o algo así...?

—Buenas noches, agente Ray. Los ciudadanos de Nueva York le agradeceríamos que volviese usted a fumar, antes de que deje el Marcus Garvey Park y el Central Park sin ramas en los árboles.

—Muy ingeniosa —Ray se sacó el palillo mordisqueado de la boca y le preguntó—: ¿Quién es ese chico que parece escapado del Telón de Acero?

Serena Sánchez escondió una sonrisa.

—Caramba, Ray, estudiar para inspector de policía da mucho de sí. Se ve que leen cosas —Serena Sánchez sopló un cabello húmedo que parecía que iba a pincharle el globo ocular—. Aún no viste de paisano y ya se ha convertido en un desarraigado, señor Ray.

—¿Le conozco? El otro día estaba de agitador delante de la biblioteca.

—Es el hijo del reverendo Samuel Wallace. De lo mejor que tenemos en el Distrito 1303. Claro que la policía está muy ocupada en mirar para el lado donde no está la realidad. Acabarán con luxación de cuello, señor Ray, ¿o debo llamarle ya inspector Ray?

—Con hijo de negra, vale. Puede desahogarse.

—Será usted policía, señor Ray, pero tiene tan poco olfato que no olería a un muerto ni en la morgue. Antes de estudiar para inspector conocía a todos y cada uno de nuestros chicos.

—¿Por qué me odia de esa manera, señora Sánchez?

La Motta Ray miraba al horizonte.

—No lo hago.

Serena recordó una foto del presunto padre de Ray. Un guapo irlandés al que nunca había llegado a conocer y que, según los comadros de barrio, se parecía mucho a Robert Redford. Pero Ray, de cabello rubio, también tenía rasgos de su madre. Una descomunal negra que se buscaba la vida como cigarrera en un club de alterne en la calle 53. Allí, según las malas lenguas, se enamoró del Grant Gastby. Uno de esos tipos a los que si te acercabas a darle un abrazo podías palpar el cañón de un nueve largo. Aunque la madre de Ray consideraba más interesante palpar otra cosa.

—Ha visto pasar un ángel, señora Sánchez.

—¿Para qué? Ya tengo al demonio delante —Serena se apartó unos cabellos de la boca—. Wilson, ven un momento.

Ray arqueó las piernas y colgó los pulgares del cinturón. La periodista no le quitaba ojo al tipo alto y rubio. El salvador de Serena cuando iba al instituto y los chicos la llamaban gafas culobotella, la hija del carapedo.

Ella volvió a llenarse los carrillos de aire y los movió como la chica de la serie *Embrujada*. Ray masticaba la maldita rama.

—No sé de qué lado está, agente.

—Parece olvidar que cuando era una adolescente yo era quien la rescataba de las agresiones físicas y verbales de sus pinches, señora —Ray guió el bigote como astas de toro. Parecía que iba a embestir, pero no lo hizo. Mordisqueaba la hojita y seguía los movimientos delicados de los mofletes de ella, que los inflaba alternativamente. La Motta Ray conocía de sobra aquella manía sensual de llevar el aire a un lado y a otro de la boca cuando estaba nerviosa.

—No. No he olvidado que usted me subía a la parte trasera del coche patrulla. Ha pasado demasiado tiempo en las comisarías para darse cuenta de que una adolescente no lo olvidaría nunca. Está tan alejado del mundo femenino...

—¿Pero por qué odia a los polis, señora Sánchez?

—Es duro de orejas, señor Ray. No le odio. Odio la dejadez, la desidia, la ineptitud y la falta de voluntad para acabar con esta sangría.

—No me largue uno de sus soporíferos discursos. Me aburren.

Serena exhaló.

—La policía ha perdido el sentido de la realidad. A veces tengo la impresión de que estas muertes son útiles a alguien. Ni siquiera usted reconoce al hijo de nuestro reverendo Samuel Wallace. ¿Sabe que la esposa del predicador le abandonó por un rapero del Bronx? Wilson, ven acá.

Ray puso cara de póquer. No estaba al tanto de la comidilla rosa, señaló.

—Pero antes sí lo estaba. Sabía quién era quién, estaba al tanto de si al viejo Siboney le habían echado de casa porque había llegado borracho.

—Wilson, ¿por qué no vienes?

Wilson Wallace.

Boina negra.

Estrella roja.

—¿Quién es este hombre?

—El policía Jack La Motta.

—¿Así le llamamos?

—No.

—¿Por qué mote se le conoce?

—Por el de Ray, el blanco hijo de negra.

La Motta recordó los días en la escuela cuando no tenía lugar ni entre blancos ni negros. Tampoco los cafés con leche le tomaron aprecio ni los niños pera, hijos de los comerciantes. Pero La Motta resistió y buscó refugio en el único sitio posible. La pasma.

Estaba de acuerdo, concedió. Antes era todo más cercano, afirmó. El policía miraba al muchacho. Había que joderse... ¡cómo crecían aquellos chicos!

Ella recalcó que Wilson era militante del WHE ACT, que estaba en tercero de periodismo y se ocupaba de la sección «Vive en Verde» del periódico de la Universidad, además de trabajar como becario en los Laboratorios Biotech en un proyecto de investigación sobre residuos industriales becados por la Universidad.

—Hay muy pocos Wilson —apuntó Ray.

—De acuerdo, pero los hay. Y si la policía evitase que se matasen entre ellos, saldrían más, señor Ray. Mire todo esto, maldita sea.

Serena extendió la mano helada. La Motta Ray la siguió con la mirada: las aceras estaban cubiertas por una nieve ennegrecida. Los árboles quemados y las viviendas chamuscadas. Un poco más abajo, unos desahuciados se calentaban las manos sobre las llamas en un bidón con leña ardiendo. Los perros sueltos recibían patadas para que no se acercasen y las putas temblaban de frío en las esquinas.

—Con esto me desayuno cada día. Cuando usted aún duerme en su confortable apartamento del Upper West Side —Serena se inflaba alternativamente los mofletes—, todas las noches he de acudir a algún domicilio porque una mujer ha recibido una paliza de su marido. Veo estas calles y parques. A los perros con las paredes del estómago pegadas, a las ancianas y vecinos enfermos que me gritan desde las ventanas para que les ayude a bajar a la calle para hacer algo de compra, porque estos malditos chuchos están tan hambrientos que las devorarían —Ray se sacó el palillo de la boca—. Olvídense de su edredón nórdico, pase una noche conmigo en la calle 118. Y vea a las mujeres con los ojos hinchados porque su marido ha llegado borracho y le ha propinado una paliza del doce. Hay tanta violencia en los hogares como en la calle —los mofletes de Serena parecían latidos de un corazón en apuros—. Casi me

resulta cómica su columna diaria en el *Daily News* y que solo le sirve para atacar a la policía.

Ella expulsó el aire. Maldito cabrón. La iba a volver loca. Se calló porque se acercaban otros compañeros de prensa.

—En el último año han muerto más de ochenta policías a manos de bandas callejeras. Los policías también dejan huérfanos y no viven precisamente en las mansiones del norte ni tienen apartamentos en el Upper West Side.

La Motta Ray notó la boca agria de morder el palo.

—Apunte bien este dato, señora.

—Nos vamos —ordenó Serena a su equipo en *Radio Latina*—. Estoy documentada, agente Ray.

—Tiene el dinero por castigo.

MacDowell sudaba.

—A ese jodido paleta, el lagarto de la bota se le ha pegado a los sesos.

—No es muy considerado al juzgarle, señor MacDowell.

Papada Mac se pasó el pañuelo repetidas veces por la frente. Afuera nevaba. En el despacho del insigne cirujano plástico, una luz anaranjada templaba la estancia.

—No rechazará la oferta. Necesita ese dinero.

MacDowell se limitó a mirar al doctor. Era su cliente y decirle toda la verdad como quien te tira un estropajo a la cara podría costarle un buen pellizco. MacDowell sabía que pagar un precio tan elevado por los laboratorios era un negocio ruinoso para el doctor Sandoz. Con los quince millones de dólares el de Minnesota podría hacerse con un paquete de acciones muy importante de los modernos Laboratorios Biomedical Tissues de Nueva Jersey, que necesitaban una fuerte inyección de capital para financiar la investigación de un nuevo medicamento contra la enfermedad de Parkinson.

—Necesita los jodidos millones. Lleva demasiado tiempo troceando empresas. Los tipos como Andy no cambian nunca.

—Se explica, señor MacDowell —el doctor suspiró—. Su irreverencia raya lejos del buen gusto. Le ruego que no se exprese en esos términos o daré por finalizada la conversación —Papada Roja tiró del pañuelo, se lo pasó por la garganta y se

disculpó. No volvería a ocurrir, doctor. Ese hijo de puta no le volverá a dejar plantado.

El hombre que utilizaba filtros en las lámparas para no dañar la piel se ajustó los pequeños gemelos con las iniciales. Con el lenguaje se ordenaba la mente, le aconsejó a Mac. No le gustaban tales palabras, ni otras semejantes. Para trabajar con él, la ética y el gusto eran la base sobre las que se asentaba toda buena acción.

Mac analizaba a su cliente. Sus dádivas se habían extendido por las zonas más deprimidas de Nueva York, principalmente en Manhattan y en el Bronx. Para muchos, Sidney Sandoz era una leyenda urbana. Para MacDowell era la suprema discreción. La medida. Aunque le costaba entender que hubiese gente tan desprendida. Eran pocos (solo algunos allegados), los que sabían que aquel era el personaje que detrás de la discreción de los cristales negros de su limusina se tomaba la molestia de detenerse en la calle 118 para anotar direcciones y datos de familias necesitadas: ancianos con problemas de movilidad, gente sin trabajo o simplemente para bajarse y leer libros a ancianos o personas invidentes.

—Un hombre como usted que lo tiene todo, ¿por qué se empeña en invertir en ese amasijo de hierros?

—No concibo el bien como un discurso para sacar ventajas, señor MacDowell. No son muchas las oportunidades que se le presentan a un hombre para ser un buen cristiano, y lamento que ello me haya generado cierta fama de santo porque solo soy un pecador —el doctor se masajeó las sienes—. Ser discreto forma parte de la humildad, señor MacDowell.

El bróker con culo de elefante. El hombre que decía que le habían salido percebes en los huevos de tratar con empresarios, estaba persuadido de que Sidney Sandoz merecía un cielo aparte. Pero pensaba que el doctor no debía de ser tan discreto, opinaba que debía de salir a la palestra y reconocer: «Yo no soy ningún santo, solo soy un pecador». Aquellas palabras humildes dispararían las acciones de Biotech, que no darían abasto para atender tantos pedidos. Era algo tan sencillo... Pero el doctor Sandoz no quería hacer gloria de la humildad. Era cierto que tanto él como su equipo de cirujanos plásticos gozaban de una infalible reputación ante lo más

selecto de las clases políticas, como entre los cineastas, actores, deportistas y gente de las finanzas.

—Necesitamos que se muestre en los medios, doctor.

El hombre de las sienes plateadas.

El hombre de las gafas oscuras y cabello diamantino.

El hombre que visitaba los barrios más deprimidos de Manhattan entrelazó las manos y sin asomo de acritud salmodió:

—No, de ninguna manera. Me niego a ser un espectáculo para la televisión. Si la soberbia me derrota, ¿qué quedaría de mí?, ¿qué quedará de los hombres cuando les abandone la necesaria virtud de la humildad?

Papada Mac levantó el dedo meñique. Un sello de oro se perdía entre los pliegues de la carne.

—Perdone, doctor, no pretendo enmendarle la plana, pero personalmente veo más humildad en salir a la luz y explicar: «Soy el doctor Sandoz. Un pecador que lava sus pecados en las aguas turbulentas de la miseria, que trabaja de manera abnegada», y así dar oportunidad a que otras personas sigan su ejemplo.

Papada Roja se había quedado sin fuelle. Aunque se sintió satisfecho con aquellas palabras que bien podían haber sido pronunciadas por el mismo doctor. Estaba conforme de haber tenido la medida de explicarlo así. Y no parecieron caer tales palabras en saco roto.

El doctor entrelazó los nudillos. La cabeza de MacDowell era un hervidero. Una vez cerrada la OPA con Andy Frank pensaba proponerle al doctor Sandoz lanzar una emisión de acciones para dividir el capital de manera que los pequeños accionistas no volviesen a dar guerra y de paso su agencia de valores se embolsaría unos cuantos pavos por el diseño de la operación. «¿Qué había de malo en ganar algo de dinero a cuenta de una buena obra?». Mientras meditaba, observó al doctor. La camisa blanca de seda brillaba como hilos de plata, los gemelos pequeños destellaban miniaturas y en la pared la luz anaranjada se fundía con el color pastel creando un ambiente de tal sosiego que uno podría pasarse horas sin salir de allí.

—La pureza requiere grandes sacrificios —murmuró con voz aguda el doctor Sandoz.

—No se puede blanquear la ropa sin unas gotas de lejía —repuso Papada Mac, rápido como un disparo.

La luz se había tornado lenta.

Solo el brillo de las gafas oscuras del doctor Sandoz parecía atrapar la eternidad del instante como una pequeña televisión en blanco y negro. Durante unos interminables segundos para MacDowell, Sidney Sandoz le miró fijamente. Papada Mac luchó para no mostrar la inquietud de aquella nueva idea sobre popularizar las acciones. Por nada del mundo quería que el doctor adivinase sus intenciones. Él solo deseaba contribuir a que la Obra no volviese a ser dinamitada por un rebañamantecas como Andy Frank.

—Mí buen doctor —se detuvo—. Sobra decir que lo que usted hace en el Distrito 1303 me produce una profunda emoción. No quiero ocultarle que lo que va a pagar a Andy Frank es una cantidad desorbitada, y que gracias a ello mi agencia de valores se va a embolsar una buena comisión —MacDowell no sabía por qué los Laboratorios Biotech eran absolutamente necesarios para el médico, pero él estaba dispuesto a proporcionárselos por una sustanciosa comisión—. Ahora bien, si ya ha dado el paso para comprar esos laboratorios está en la obligación de dar a conocer la bondad de la Obra. Ayudaría mucho a una futura emisión minoritaria. Una salida a bolsa controlada.

El doctor Sandoz posó suavemente los codos sobre la mesa como si aquella fuese una almohada de plumas de oca.

—No creo en el placer de la fama. La gloria no es una condecoración —levantó la mano y extendió el dedo índice—. Son los caminos transitados los que nos llevan a la humildad. No perezca en el desánimo.

A aquellas alturas MacDowell ya no escuchaba. Se había perdido en las cuestiones prácticas que le habían llevado a ser un sabueso de las argucias financieras. Ya pensaba que tenía la presa mareada para hincarle el colmillo.

—Arrojar algo de luz para una buena obra es una forma de humildad, ¿no le parece?

—No nos precipitemos. El señor Frank, al que aún no he tenido el honor de tratar, todavía no ha dado el sí definitivo.

—Le aseguro que por mucho dinero que tenga, el señor Frank no despreciará un buen fajo de millones.

—Ojalá.

—¿Qué aconsejaría a los errados como yo para encontrar el camino de la solidaridad? —preguntó para terminar de ganarse la confianza del doctor.

No escogió las mejores palabras.

Al doctor no le gustaban expresiones como «solidaridad» o «liberación», las consideraba manoseadas por gentes que se apoderaban del lenguaje para retorcerlo y servir a las peores causas.

El hombre del sello en el dedo meñique, ahogado entre las carnes, se frotó las manos.

—Debe ser un poco malicioso —aconsejó—. No es que no admire sus virtudes, doctor, pero la sociedad de la información le lleva ventaja. Tiene que dar luz a su Obra.

—Deme una buena razón.

—El buen paño en el arca no se vende.

El doctor Sandoz reflexionaba con la mirada puesta en unos pasteles de Degas. Una colección que el doctor había colocado en las altas paredes para poder contemplarla con la necesaria perspectiva.

MacDowell estimaba que solo se trataba de ganar voluntades a favor de la Obra. Se podía ser humilde con las herramientas de la sociedad moderna.

El señor de las gafas oscuras.

El doctor del cabello diamantino.

El hombre de la voz afable bajó sus ojos de las pinturas con la lentitud de los que alaban las obras supremas.

—Es decir, que lo que usted me propone es sumar voluntades —se detuvo y metió las yemas de sus dedos por debajo de las gafas para frotarse los ojos delicadamente—. Digamos que lo que importa no es la forma, sino la bondad de la Obra.

—Ni el mismo Dios me hubiese leído mis pensamientos de manera tan jodidamente acertada.

El doctor descansó los codos sobre la mesa de cristal con patas de acero. Era una mesa con ondas de calor para que no se notase el frío en invierno. Le gustaba la transparencia del cristal y la opacidad en las buenas obras llenas de humildad.

—Le escucho —Sandoz era un buen conversador. Desde luego si alguna vez tenía a Andy Frank como oponente, la ceremonia se convertiría en un canto al monólogo.

Papada Mac tiró una vez más de la sufrida esquina del pañuelo. No era fácil que el doctor estuviese dispuesto a escuchar consejos fuera de las bases estéticas de la forma y tenía que aprovechar. Gente como la periodista Serena Sánchez sería muy interesante que sumasen su voz a la Obra.

—Ella le admira, doctor —MacDowell miró cómo se dibujaba un lacónico rictus en los labios de Sidney Sandoz—. Necesitamos gente capaz de crear opinión.

El doctor sopesó cada una de las palabras que escuchaba de Mac.

—Eso suena como a malversar la información. Crear adeptos a cualquier precio. No me parece apropiado.

Para las triquiñuelas financieras MacDowell era como una máquina de conspirar. Sin embargo, tenía demasiado sebo en la cabeza para mirar el mundo con el instinto del doctor Sandoz.

—Una persona de la estatura moral de Serena Sánchez nunca se prestaría a nada que no fuese digno. Es la periodista con más credibilidad de la ciudad de Nueva York —Mac seguía aferrado al pañuelo, había algo de pose en sus maneras, pues era un tipo acostumbrado a dorar la píldora—. Serena Sánchez es una persona íntegra y sin asuntos sucios a sus espaldas como ocurre con Larry King.

—Me alegro. Nunca aceptaría que se manipulase la voz de los humildes, ni siquiera a favor de una buena obra.